

parte de Dios sin murmurar las cargas de la familia, y educar cristianamente los hijos que pluguiere al Señor concederles.

*¿No hay un estado mas perfecto que el del matrimonio?*

Sí; hay un estado mas perfecto que el del matrimonio: es el de la virginidad cristiana y del celibato religioso.

FIN DEL CATECISMO.

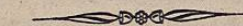
## CARTAS Á UN JÓVEN

### SOBRE LA VIDA CRISTIANA,

POR EL

**P. DOMINGO ENRIQUE LACORDAIRE,**

de la Orden de Predicadores, individuo de la Academia francesa.



#### PRIMERA CARTA.

DEL CULTO DE JESUCRISTO, CONSIDERADO COMO  
FUNDAMENTO DE LA VIDA CRISTIANA.

Colegio de Sorèze 24 de febrero de 1838.

Mi apreciado Manuel: Os escribo desde este colegio de Sorèze, que acabais de abandonar, y que habeis honrado con vuestros talentos y con vuestras virtudes. Apenas entrais en el mundo cuando empezais ya á sufrir. El ruido de sus desórdenes os conmueve; el espectáculo de sus costumbres os contrista: nada grande encontrais en los caracteres; nada firme en los espíritus: y la juventud que pulula en torno vuestro la veis exclusivamente preocupada por vacíos placeres, y sin aspiraciones hácia el centro de las cosas santas, donde ha vivido vuestra alma. Os falta tiempo para acostumbraros á una atmósfera que no habíais respirado todavía. Sin duda conocíais el mal: la historia os lo habia descrito, y vuestro corazon, mas elocuente aun que la historia, os hacia oír, dentro los pliegues de sus soledades, su eco doloroso: pero Dios, contra la historia y contra

vuestro corazon, os habia dado una generosa guarda haciéndoos hijo de una buena madre. Fuisteis concebido en el casto seno de una mujer piadosa: sus brazos, acostumbrados á levantarse hácia Dios, fueron vuestra primera cuna; su mirada vuestro primer sol; y, cuando érais ya capaz de escuchar, su voz os inspiró la primera expresion de vuestro primer pensamiento. Espíritu descendido del cielo en un vaso de tierra, llevábais dentro de vos mismo el gérmen de todas las depravaciones del hombre; pero la virtud de vuestra madre habia debilitado la tradicion de este gérmen en sus entrañas y en las vuestras, y el Bautismo habia borrado la maldicion para no dejaros sino ligeras huellas, pruebas mas bien que escollos de vuestra futura virilidad. Crecísteis en la pureza, que es la luz del corazon, y en la fe, que es la luz de la pureza: y si mas tarde, engolfado en el mar de una adolescencia ya fuerte, tocásteis algo de cerca en la vida del colegio las miserias de los otros, las barreras de la culpa no cayeron ante vos, y el vicio no os apareció sino como una vergüenza que tiene miedo, y una mancha que se procura lavar. No conocíais aun el abismo de las almas perdidas: no habíais encontrado en vuestra carrera la libre pendiente de la mentira, el orgullo de la ignorancia, la impudencia del placer, el desprecio de Dios, y la satisfaccion de sí mismo en la degradacion de todo el hombre. Como no conocíais el mundo, crefais en el mundo á pesar del Evangelio, solo porque el Evangelio os habia dado un fondo de naturaleza capaz de creer, de amar y de admirar.

Hoy, mi querido Manuel, el horizonte del mal se ha rasgado á vuestra vista; y aunque la edad no os permita verlo de bastante altura para abarcar su vasta perspectiva, os pone ya en el caso de no hacer os ilusiones sobre la parte considerable que os corresponde

en la tierra. Comprendeis ya lo que el Evangelio os decia del *príncipe de este mundo* (1), del *poder de las tinieblas* (2), y de *esa sombra de la muerte bajo la que están sentados los pueblos* (3). La fe os habia enseñado que desde el principio de las cosas, aun antes de la creacion de nuestra raza, existe una guerra entre el bien y el mal; que en esta guerra figuran dos jefes: uno que es Jesucristo, Hijo de Dios é Hijo del Hombre, Redentor del mundo por su sangre derramada en el mundo; otro que es el primer espíritu caido voluntariamente de los resplandores de la verdad, y convertido, por la preeminencia de su caida, en instigador de todo pensamiento malo, y en dueño de toda inteligencia corrompida. Estábais cierto de esto, pero no persuadido quizás. Se os hacia difícil creer en la antigüedad del mal, en su perpetuidad, y, sobre todo, en esta jerarquía perversa, que desde el cielo á la tierra y del arcángel al hombre, liga entre sí por una fascinacion que se comunican todos los espíritus que no se adhieren á Dios. Hasta ahora esto lo sabíais; ahora lo veis. Lo que vuestra madre no os enseñó, y vuestra conciencia no os dijo, el mundo os lo ha revelado. Sabeis que existen dos abismos incomprendibles el uno al otro; tan profundo el uno como el otro: el del bien y el del mal. Hoy creéis en Satanás con una fe tan luminosa como en Jesucristo. Este es el momento decisivo de la vida; el momento de la cobardía ó del valor; momento en que se escucha por primera vez aquella palabra de san Pablo: *Obrad vuestra salud con temor y con temblor* (4), y esta otra inseparable de aquella: *Tened confianza; yo he vencido al mundo* (5).

Cuando uno se encuentra frente á frente del mal, no ya por la historia, ni por el bosquejo que de él

(1) Joan. XII, 31. — (2) Luc. XXIII, 53. — (3) Ibid. I, 79.

(4) Philip. II, 12. — (5) Joan. XIV, 23.

lleva todo hombre en su corazón después del primer pecado, sino por la realidad viviente del mundo, es menester pasar á toda costa á la robustez cristiana ó sucumbir. Hé aquí por qué vos, mi querido Manuel, desde vuestro retrete de estudiante os dirigís de nuevo hácia mí: vuestros ojos, que no me veían, han buscado la ternura del maestro y la luz del cristiano. Hoy, jóven libre, volveis al suelo que tantas veces habia pisado vuestra adolescencia encadenada con los vínculos de una buena educacion. Veo en vuestra carta la belleza de vuestro espíritu, que tanto he amado, y veo también las primeras turbaciones de un alma que teme debilitarse, y busca apoyar una fragilidad presentida en el foco de un corazón mas maduro y mas fuerte. Vuestro retorno hácia mí no me ha sorprendido, pero me ha impresionado. Al leeros recordaba nuestros bellos días de Sorèze, los preciosos lugares en que vuestro pié seguía las huellas del mío, nuestras expansiones de verano en los bosques de la Montagne-Noire: yo repetía con vuestros labios mas bien que con los míos los simpáticos nombres de Saint-Ferréol, Arfons, Alzau, Lampy, campiñas y valles sin glorias para el forastero, pero queridas al hijo de Sorèze, y mas queridas para mí que para todos vosotros, porque yo llevaba el alma de un padre en los desiertos que llenábais vosotros. Allí es donde me encuentra vuestra memoria, y donde os conduce la mía. Volveis allí maduro, pero no marchitado: el aroma de vuestra juventud ha sobrevivido á las engañosas fascinaciones de la primera libertad; y yo reconozco en vuestro estilo, única imagen en que hoy puedo contemplaros, la hermosura de vuestra palabra y la virginidad de vuestra frente.

Ya desde las primeras líneas me sentí incapaz de negaros lo que me pedís. Y no obstante, ¿qué es lo que me pedís? Que os inicie en los misterios de la vida

cristiana, no ya como á un niño, sino como á un hombre; que recorra con vos los estrechos senderos del Evangelio, sin ocultaros nada; que os conduzca, cual viajero atento y convencido que sois, pero temeroso todavía, desde el pesebre de Belén á la morada de Nazaret, desde la barquilla de los pescadores de Galilea al pozo de la Samaritana, desde el desierto de Juan al sepulcro de Lázaro, y que suspendido en todas partes de los labios del Salvador, os conduzca de escalon en escalon y de claridad á claridad á mirar la cruz y á llevarla. ¡Ah! conocidos los tengo por cierto estos caminos. Treinta años han transcurrido desde el día en que yo, jóven como vos, echado como vos en las revelaciones de una gran ciudad de este mundo, levanté por primera vez una tímida mirada hácia la bondad del Altísimo. Desde entonces no he cesado de creer y de amar. Los años, fieles á su misión, me han proporcionado cada día certezas mas luminosas y goces mas divinos: he visto cada día al hombre mas pequeño, mientras que cada día he visto también mas grande á Jesucristo. Llamais, pues, á una puerta que por sí misma se abre; tocais un fruto que va á caer del árbol: esto cabalmente es lo que me impresiona. Me pregunto si no es ya demasiado tarde; si me queda tiempo para instruiros; si el ardor de las convicciones, falseado por las debilidades de la edad, me dejará todo lo que yo quisiera para sembrar la eternidad en vuestro espíritu. He dicho mal: la eternidad reside ya en vuestro espíritu, pues que en él reside la fe; pero de la fe al amor hay todavía alguna distancia, como la hay también del amor que comienza al amor que rebosa. Soy un vaso viejo, y temo por vos, que quereis beber en él. Que Dios me asista, y sostenga su gracia vuestro corazón, después de haberlo preparado.

La vida cristiana es una vida que vino á fundar

sobre la tierra Jesucristo. De todos los triunfos del poder, ninguno es mas extraordinario que el que consiste en fundar un género de vida, es decir, una persuasion que encadene nuestro cuerpo, nuestro pensamiento y nuestra voluntad libre á actos repetidos cada dia, y formando juntos el tejido de nuestra existencia. Hay en esto un imperio superior á todos los otros: la ambicion de los mas fuertes, por mucho que se extienda, casi nunca llega hasta aquí. Los conquistadores se contentan con unir pueblos á pueblos con un surco que traza la espada; los legisladores añaden sus códigos á estas conquistas, ó arreglan el estado de las personas, la posesion y transmision de las cosas, el orden de los juicios públicos, la naturaleza y el grado de las penas que deben imponerse á las faltas exteriores contra la sociedad. Solo los sábios, mas profundos que los legisladores, y mas ambiciosos que los guerreros, se proponen crear costumbres, sujetando á prescripciones domésticas el foro íntimo del hombre: ¡magnífico trabajo que ha labrado la suerte de los pueblos allí donde estos han sido bastante afortunados ó bastante grandes para obedecer á otra impulsión que la fuerza, y á otra orden que el instinto del orgullo y del placer! Mas ¡ay! ¡cuán pocos sábios han obtenido su objeto! y allí mismo en donde tenían naciones por discípulos, su obra ha llevado siempre el carácter de un mezquino bosquejo ó el estigma de la miseria moral. Solo Jesucristo creó sobre la tierra una vida digna del hombre y digna de Dios: purificó nuestra carne dilatando nuestro corazón; y aunque nos exigía cosas que nadie siquiera habia sabido concebir, obtuvo sin violencia por una infiltración de su doctrina, ó mejor, de sí mismo, una incalculable muchedumbre de discípulos que se han llamado fieles suyos. Ningun clima, ningun pueblo ni ningun siglo se ha encontrado que fuera

incapaz de las virtudes sobrehumanas de que él creó el modelo junto con el nombre. Se han visto niños y niñas revestirse de él como de una armadura para conservar el atractivo de su debilidad: esposas que han llevado su vestido sin mancha hasta el lecho nupcial, donde el desenfrenado placer ha reconocido la castidad: guerreros que embriagados por el éxito de las batallas, han rendido sus espadas ante una victoria mejor que la de sus capitanes; y la guerra misma ha aceptado el freno de unos sentimientos humanitarios que ella desconocia: reyes poderosos que han adornado su diadema con el símbolo de los suplicios, y su majestad, sometida á la de Dios, ha confesado la nada de las mas altas grandezas: los bárbaros henchidos de sangre, los salvajes perdidos en los confines de la degradación han escuchado la voz que les llamaba á la mansedumbre, y todo sobre la tierra, naciones, monarquías, genio, saber, virtud y crimen, gloria y oprobio, todo ha recibido de aquella boca soberana un sople que transforma y que cura.

Solo una desgracia ha tenido Jesucristo; la mas bella de todas, es cierto; la mas digna de un Dios; pero al fin una desgracia: ha sido popular. Si mas sobrio de su ascendiente, hubiese alejado de sí al pueblo, hoy ocuparía un trono incontestable; nadie abriría su Evangelio sino para bendecirle, ni pronunciaría su nombre sino para alabarle; se le disimularían hasta sus milagros, porque todos están impregnados de un carácter de humanidad que revela su omnipotencia, pero que la oculta hasta cierto punto en la efusión de su amor. No es ya Moisés recibiendo la ley de Dios á través de los rayos y en presencia de un pueblo aturdido; no es ya Elías haciendo del cielo una bóveda de bronce, ó arrancando de lo alto el fuego que devora á los blasfemos: es una mano que toca ojos cerrados para darles luz, que ende-

reza y fortifica miembros que sufren, que llama á un hijo del fondo del sepulcro para volverlo á su madre, que cura á los leprosos, consuela la amistad de una hermana con la resurreccion de un hermano, y una vez sola permite que, bajo la impresion de su muerte, conmovidos el cielo y la tierra le rindan homenaje por su universal trastorno. En Jesucristo, Hijo de Dios y Dios como su Padre, todo es humano, hasta sus milagros; todo en él es humilde y manso, hasta su absoluta soberanía; y nada le cuesta al espíritu hacer de su sagrada persona el acabado modelo del mas perfecto de los sábios y del mas grande de los legisladores. Pero por desgracia suya venció al mundo... ¡El orgullo humano no se lo perdonará jamás!

Jesucristo, pues, mi querido Manuel, es el autor de la vida cuyos secretos me pedís; y solo él, por consiguiente, puede enseñaros cuál sea ésta vida. Jesucristo es vuestro maestro, vuestro único maestro: os lo dijo él mismo con esta frase que dirigió á sus primeros discípulos: *No teneis mas que un maestro, que es el Cristo* (1). Otros tomarán maestros que les con vengan mas; escogerán á Aristóteles ó á Platon: *Se harán*, dice san Pablo, *maestros que halaguen sus oídos, y se apartarán de la verdad para entregarse á las fábulas* (2): en cuanto á vos, solo Jesucristo es vuestro maestro. Frecuentemente me he maravillado de que mis contemporáneos todos forman parte de una escuela, y que no hay ninguno que no jure por un hombre, un libro ó una idea célebre. Todo siglo, incluso el nuestro, se resume en algunos personajes sobrepuestos á los demás por el don de pensar, algunas veces únicamente por el don del estilo, y que se comparten entre sí la direccion de los espíritus. Si alguno, en una muchedumbre admiradora y obediente, se persuade de

(1) Matth. XXIII, 10. — (2) II Tim. IV, 3, 4.

que él no tiene maestro, fácil es ver en su misma independencia una imitacion, y persuadirse de que esta independencia tiene su origen en doctrinas de que él quizás ha apostatado, pero que echaron en su inteligencia la raíz del escepticismo y del aislamiento. Los hombres sirven aun cuando se manifiestan disgustados de servir: en este caso son como aquellos siervos emancipados, que al hallarse fuera del yugo conservan todavía en su carne los vergonzosos vestigios de su envilecimiento. En todo orden de cosas, divinas ó humanas, verdaderas ó falsas, no hay sino soldados y jefes: aspirar á no ser ni lo uno ni lo otro, es aspirar á ser mas que Dios ó menos que el átomo, porque Dios manda y el átomo obedece. Solo la nada está excluida de esta ley. No os desdeñeis, pues, de tener un maestro; y para que os propóngais ser digno discípulo de este maestro, escuchad lo que él es:

*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios* (1). Hé aquí vuestro maestro.

*En Él estaba la vida, y la vida es la luz de los hombres... Era la luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo* (2). Hé aquí vuestro maestro.

*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria que es la gloria del Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* (3). Hé aquí vuestro maestro.

Teneis un gran maestro, Manuel. Sospecho que hasta ahora no habíais sabido hasta qué punto debia serlo, y lo es realmente. No le habíais considerado sino en cuanto es el *Verbo hecho carne, el Unigénito de Dios, venido á este mundo para dar testimonio á la verdad* (4), el príncipe y el autor de la fe (5); hasta ahora no habíais mirado mas alto ni mas léjos; y

(1) Joan. I, 1. — (2) Ibid. 4, 9. — (3) Ibid. 14.

(4) Joan. XVIII, 37. — (5) Hebr. XII, 2.

separando lo que es inseparable, aunque distinto, ignorábais quizá que antes de la Encarnacion el Verbo era ya para nosotros la vida y la luz: *la luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo*, y por consiguiente el primero y eterno manantial de nuestra razon. Sí, la razon y el Evangelio bajando de un mismo foco, un mismo soplo los comunica al hombre, y vosno escucharíais la palabra de Jesucristo si no escuchárais la del Verbo, que inspira vuestra inteligencia, y la da en las ideas primordiales el gérmen de toda concepcion. Esto es lo que nos revela el apóstol san Juan, desde que abrimos el texto sagrado. Él vió al Verbo en el seno de su Padre, le vió criando todas las cosas, porque la vida está en él; reconoció que esta vida del Verbo es la luz de los hombres, que los alumbrá á todos cuando vienen al mundo, que está en el mundo con ellos; pero que luce entre tinieblas, porque el mundo no sabe lo que es ni de dónde viene esta luz; y que en fin el Verbo se hizo carne, para manifestar así el lazo que le une á nosotros desde el principio, y consumir de esta suerte con una efusion mas perfecta de la gracia y de la verdad el misterio de nuestra predestinacion á la vida misma de Dios. Esta página tan corta es la mirada del águila hácia el infinito. Ella coloca á san Juan en el número de aquellos que han visto las cosas divinas, y es imposible, salvo en el día de la vision suprema, expresar mejor lo que nosotros somos y lo que respecto á nosotros es Jesucristo.

En estas palabras, Jesucristo nos aparece tal cual es, antes y despues de su Epifanía terrestre. Verbo de Dios, coeterno á su Padre, recibió de él, por ser como es la expresion de su pensamiento, el ministerio de la creacion, y en particular el ministerio de las inteligencias cuyo faro es. Doctor universal, habla interiormente á todo espíritu, mueve to-

da conciencia, y ningun hombre, sea cual fuere su puesto en la jerarquía de los seres pensadores, mora en la verdad y la justicia sino en cuanto se conforma á lo que de él oye. Es el padre de nuestra razon, y bajo este concepto lo es tambien de todas las virtudes morales y políticas que hacen del género humano una sociedad. El género humano es la primera Iglesia, fundada por Jesucristo; Iglesia que, aunque no conoce á su fundador, vive siempre bajo sus leyes, y acude á él bajo el nombre de Dios cada vez que la necesidad de su salvacion le inspira mirar mas alto que á si mismo.

No es, pues, únicamente como Verbo hecho carne, como autor de la fe, arquitecto y piedra angular de la Iglesia católica, que Jesucristo es vuestro maestro; lo es tambien como Verbo de Dios, como luz invisible de la razon, y como jefe, aunque á veces desconocido de la humanidad. La humanidad y la Iglesia, la razon y la fe, la naturaleza y la gracia no son cosas contrarias, ni aun separadas, sino que están unidas en Jesucristo, *al cual Dios constituyó heredero de todo, por quien hizo los cielos, el cual es el resplandor de su gloria, la figura de su sustancia, y lo sustenta todo con la virtud de su palabra* (1). Esta palabra secreta en nuestro espíritu y pública en el mundo es la que forma la enseñanza total del Verbo, y hace de él nuestro único y soberano Señor. El mismo os lo ha dicho, no lo olvideis: *No teneis mas que un maestro*, lo que quiere decir, ó que el Evangelio lo es todo y la razon nada, cosa que seria absurda, ó que el Evangelio y la razon, páginas distintas de un solo texto, contienen la misma sustancia, y son la obra de un mismo autor. El Evangelio afirma la razon, la razon no niega el Evangelio sino haciéndose traicion á sí

(1) Hebr. I. 2, 3.

misma. El cristiano es hombre por la razon; el hombre es cristiano por el Evangelio, y de esta manera el hombre y el cristiano se penetran el uno al otro para no formar juntos sino un espíritu que viene de Dios, hijo y reflejo de su luz indivisible.

Insisto sobre este punto porque es decisivo para la comprension de la vida cristiana, ora la consideremos bajo el punto de vista por el cual ella guia la inteligencia, ora bajo aquel por el cual dirige la voluntad. Es menester ante todo que sepamos hasta dónde Jesucristo es nuestro maestro: si lo es solamente de una parte de nuestra vida, ó si es su institutor exclusivo y total. San Juan, el amigo de Cristo, ha resuelto la cuestion. Nosotros nos movemos en dos esferas, la de la naturaleza y la de la gracia; pero la una y la otra reconocen al Verbo, Hijo de Dios, como autor y como luz. Por esto la Iglesia, infaliblemente asistida del Espíritu que la puso en el mundo, nunca ha abdicado la defensa de la razon; muy al contrario: la ha considerado siempre como una parte de su patrimonio, y no ha mucho proclamó sus derechos, contra los que en el arrebató de un ardor mal regulado creian realzar la fe, sacrificándole la otra luz de nuestro entendimiento. Entrad, mi apreciado amigo, en esta dilatada carrera, que es la única que conduce á la verdad. No os hagais de Jesucristo, nuestro maestro, una excepcion en el curso general de las cosas; de la Iglesia, una pequeña sociedad perdida en medio de los siglos y de las naciones; de la fe una lámpara oscura que solo luce en ciertas almas privilegiadas; y de la vida cristiana, en fin, una existencia que no tiene relacion sino consigo misma, y que protesta contra todo. No; este es el tema de nuestros enemigos, mas no es el nuestro. Hijos de Dios, el universo es la habitacion de nuestro cuerpo; los siglos la medida de nuestros dias; el género humano el compañero y el teatro de nuestros

destinos; la razon nuestra luz; la fe un resplandor mas elevado y sublime; la Iglesia un mundo que abarca el pasado, el presente y el porvenir, los pueblos de la tierra y los espíritus del cielo, y entre estas dos extremidades todo lo que el Verbo de Dios ha podido concebir sin decírnoslo, y hacer sin manifestárnoslo. Hasta lo desconocido es nuestro, vive de nuestra vida y nosotros vivimos de la suya, y en la hora suprema, en que el drama tendrá su desenlace por la aparicion total de lo que nosotros somos, verémos claramente que la unidad reina desde el polo visible al invisible de la creacion, y que reina por el Cristo *imagen de Dios, primogénito de toda criatura, en quien fueron hechas todas las cosas que hay en los cielos y la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados y las Potestades: todas fueron criadas por Él y en Él; y Él es ante todas las cosas, y todas subsisten por Él. Él mismo es la cabeza de la Iglesia como es principio del mundo, primogénito tambien de los muertos; de manera que Él tiene el primado en todas las cosas, porque en Él quiso Dios hacer morar toda plenitud y reconciliarlo todo por Él, pacificando por la sangre de su cruz tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo* (1). Hé aquí el horizonte del cristiano; y si nuestros enemigos, encerrados en los estrechos límites de la naturaleza sensible, mutilan la razon y profanan la humanidad, negando la duracion, el espacio y la luz, no seamos nosotros los que les alarguemos la mano, y aceptemos por ignorancia ó traicion el papel secundario que quieren concedernos, sin reservar para sí, en definitiva, mas que los tristes límites de los siglos que pasan y los silenciosos aspectos de los astros.

La vida cristiana está íntimamente ligada á la vida

(1) Colos. 1, 15 et seq.

moral, y ambas lo están á la vida divina. Por una prevaricacion cismática estas tres vidas pueden separarse; pero tales cuales son por su naturaleza van de la una á la otra por una pendiente donde su grandeza está del lado del hombre que sube, y su bondad del lado de Dios que baja.

Cuando en el último siglo la fe fue atacada con un ardor tan feroz como robusto, en nombre de la razon, nuestros enemigos creian que iba á empezar una era de libertad, de elevacion y progreso para el género humano. No les cabia la menor duda de que tal esperanza pudiera realizarse, y hasta entre los que no habian abdicado el Cristianismo, se encontraban hombres que miraban de un modo simpático la perspectiva de un nuevo porvenir. No sabian ver el lazo que existe entre la fe y la razon; ignoraban que la fe nunca baja sin que la razon se hunda. La antigüedad habia hecho ya la prueba; habíase visto la razon romana, la mas elevada que existió antes de Jesucristo, hundirse poco á poco en las ruinas de la religion nacional, y aquel pueblo, mas grande aun por sus leyes que por sus conquistas, descendió el último escalon de su decadencia, pasando de los Escipiones á los Calígulas. Pero este espectáculo era antiguo: la decadencia de la idolatría, es decir, de un culto falso y hasta abyecto no se enlazaba de un modo evidente con la decadencia de la razon; faltaba ver si debilitado el Cristianismo se reproduciria igual fenómeno; si por segunda vez, por medio de una prueba mucho mas concluyente y mas solemne, la disminucion de la fe traeria consigo la de la razon. La prueba se ha hecho; desde hoy podemos conocer ya lo que la razon pierde cuando la fe se quebranta: las señales són demasiado claras para dejar de impresionar al observador menos atento. La primera de estas señales es la degradacion de los caractéres. Limitándonos á nuestro país,

¿qué nos queda de nuestro carácter? únicamente la bizarría, esta vieja tradicion de la sangre francesa; nuestras armas renovaron no há mucho en el mundo, despues de cuarenta años de paz, la antigua persuasion de que la Francia es un pueblo militar. Pero la bizarría no exige sino cierto ardor ante el peligro, cierto desprecio de la muerte, concebido en un momento de arrebato, y mas bien un olvido heróico de la razon que una apreciacion tranquila del deber.

El capitán mas valiente puede no ser mas que una mujer el dia despues de la victoria, y sus cicatrices no cubrir sino un carácter falto de fuerza. El carácter es la energía sorda y constante de la voluntad, es algo de inquebrantable en los proyectos, y de mas inquebrantable todavía en la fidelidad á sí mismo, á sus convicciones, á sus amistades, á sus virtudes; una fuerza íntima que brota de la persona, é inspira á todos esta certeza que llamamos seguridad. Se puede tener talento, ciencia y hasta genio y no tener carácter: tal es la Francia de nuestros dias. Abunda en hombres que lo han aceptado todo de manos de la fortuna, y que no obstante no han hecho traicion á nada, solo porque no tenian nada que vender ó en que traficar. Para ellos los acontecimientos son nubes que pasan, un espectáculo y un pretexto, nada mas. Se someten á las circunstancias sin resistencia, despues de haberlas preparado sin querer; juguetes inconsecuentes de un pasado de que no fueron ártibros, y de un porvenir que les niega sus secretos. Hé aquí lo que somos, Manuel: no es difícil penetrar las causas de semejante situacion. El carácter, que no es sino la fuerza de la voluntad, estriba en la fuerza de la razon, y esta á su vez en la firme contemplacion de los principios de la vida humana. Donde el entendimiento no distingue sino hechos no puede haber convicciones, y cuando faltan las convicciones, ¿qué